

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 154.

MADRID 11 DE JUNIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



LEED, CABALLERO.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

III.

AMANTE DESLEAL.

(Continuacion.)

Sucedió larga pausa á este argumento sin réplica: nadie mejor que Emilia podia apreciar el pundonor de su causante: los combates que habia sostenido contra sí misma la daban á conocer la medida de fuerza que él hubiera necesitado para resistir aquella falta; mas lo propio que debia tranquilizarla, duplicaba su incertidumbre. Un sentimiento desconocido hasta entonces, el de los celos, heria su alma con siniestros fulgores. Vernon, tan noble, tan generoso, al respetarla, lo habria hecho sin duda por lástima de su debilidad, mas luego que experimentó amor ardiente hacia otra dama habria prescindido de su virtud austera y rígida.

—Y bien, Emilia, ¿que puedes contestar ahora á tan palpable testimonio?

—Nada, señora, nada que pueda convenceros; mas en el fondo de la conciencia de cada criatura hay cosas misteriosas que solo Dios conoce. A esa carta no tengo que oponer sino memorias, juramentos, y una conviccion que en este instante flota incierta entre la verdad y la mentira. Yo no creia en el mal, y heme casi agoviada por una traicion infame: solo tenia una esperanza, y para destruirla ha bastado una palabra, acaso, una calumnia.

— ¡Una calumnia! dices: supongo que no sospecharás de tu tia.

— Lejos de mi semejante idea; pero ¿y si tambien pretenden engañarme? ¿y si esa carta fuese supuesta?

— Me ruborizo por ti misma, dijo madama Deneg: ¿y quien se hubiera atrevido á suplantarla? Nombra á alguno.

—No, señora; tomaré otra determinacion, exclamó Emilia como cediendo á una inspiracion súbita al distinguir un hombre que por la alarma se dirijia al sitio en que se hallaban. ¿No conoce esa carta nadie sino vos?

—Nadie.

—¿Lo jurais?

—Lo juró.

—Dádmela.

—¿Y que uso piensas hacer de ella?

—Dádmela, señora, y dejadme sola con el que aqui se acerca. Es una prueba que tengo derecho á intentar, cuando se trata de mi felicidad, y de mi vida. Pero por favor no pronuncieis una sola palabra, no le dirijais ninguna mirada, no le hagais seña alguna. Quiero que lea esa carta de ante de mí, de improviso, mientras escudriño yo en su rostro los secretos de su alma: solicito que si es culpable se declare tal, y se turbe.... ¡Ah! no me digais que le ofendo, acusándole de haber descendido á tan ruin baja. ¡Me ama y no es correspondido! Debe estar celoso. Hace un instante que se han abierto mis ojos, veo lo que no he visto nunca, comprendo mil cosas que ignoraba, y mi corazon ha perdido su inocencia dando cabida á la duda. Dádmela esa carta, señora; dádmela.

Ya fuese porque no pudo resistir al repentino impulso de su sobrina, ya porque no viese riesgo alguno para Remond, accedió á la pretension de Emilia abandonándole la carta; asíó la ella con precipitacion, y la tuvo oculta en una de sus manos mientras saludó á Pablo Remond con aparente serenidad.

—¿Qué hay de nuevo, amigo? le preguntó madama Deneg. Acaba de hacer alto una patrulla junto á las tapias de esta finca: ¿se teme algun alboroto?

—No estoy iniciado, respondió Remond, en el misterio de las medidas que la autoridad adopta. Esta mañana encargué á Bernardo, ese criado que con tanta fidelidad nos sirve, que

averiguase noticias, pero no he vuelto á verlo todavía.

—Contamos, como siempre, con vuestra proteccion, pronunció Emilia.

Remond la contempló asombrado. Aquella era quizá la primera vez que le dirijia la palabra sin verse obligada á contestarle. Para explicarse aquella mudanza imperceptible á los ojos de otro que no sea un amante, se fijó á madama Deneg, mas esta, conformándose con los deseos de su sobrina, hizo como que no comprendia aquella interrogacion muda, y se retiró diciendo:

—Necesito hacer algunos encargos á mi doncella. Hasta luego.

En el momento en que les abandonó, distinguió Emilia entre los árboles á la vieja Marta, que parecia haber esperado á que madama Deneg se marchase. Al ver á Mr. Remond hizo la nodriza un gesto de impaciencia, y se alejó otra vez despues de indicar con espresivas señas que aguardaba el instante en que Emilia estuviese sola para hablarla.

¿Qué tendrá que decirme? se preguntó la joven; y recordando la primera aparicion de Marta, tuvo para sí que aquella insistencia envolvía sin duda alguna revelacion importante. Acaso la nodriza habia descubierto por alguna indiscrecion de Bernardo, de quien desconfiaba como de un enemigo, la infernal trama. ¡Buen ánimo! se dijo Emilia, este es mi último consuelo; juego mi vida y mi felicidad en una mirada, en un estremecimiento involuntario.

Remond se acercó á ella diciéndola:

—Señorita ¿cómo es que no acompañais á vuestra tia y consentis que os hable á solas?

Emilia, plantándosele delante y mostrándole la carta, pronunció con voz solemne:

—Leed, caballero.

(Continuará)

IMPRESIONES DE VIAGE.

SALAMANCA 6 de junio.

Anteayer domingo de pascua comenzó a oírse desde temprano el alegre tamboril y la característica gaita, tocados por uno que al frente de una turba de charros, vestidos de colores, recorría las calles de la ciudad, despertando a sus habitantes. Por la tarde inmensa multitud se dirigía hacia las afueras de la población; y este me dió á conocer que allí debía verificarse uno de esos bailes ó bailes de que hace muchos años había oído hablar.

Seguí pues á la entusiasmada muchedumbre y me encaminé hacia el puente, fundado sobre veinte y siete arcos, y que tiene 500 pasos de largo y doce de ancho, con sólidos estrivos y almenas de tosca pero vistosa cantería. Hay quien dice que fué labrado por Hércules, y quien sostiene que por los romanos: lo cierto es que consta de dos géneros de arquitectura, y que si la figura de Hércules, colocada sobre una almena, con la clava en la mano izquierda, y apoyada la derecha en un pilar del mismo puente, acredita las aseveraciones de los unos, la cabeza de un emperador (Trajano en el sentir de muchos) dá valor á lo que sostienen los otros, por lo cual no es muy descabellada la opinión de los que pretenden que su fundación es antiquísima, y que habiendo sufrido grave deterioro fue reedificado por Trajano, conservando así la marca que le imprimieron sus primitivos fundadores, y los que en él repararon mucho despues las injurias del tiempo.

Y ya que he hablado á vd. del puente, voy á decirle algo del río cuyas espaldas oprime, imponiendo leyes á su soberbia. El Tormes tiene su origen en Tormellas, no lejos de las sierras del Barco de Avila, de una gran fuente. Acrecentado su caudal en Salamanca con las aguas que le envía el Zurguén, y engrosada por otros ríos, camina veinte y seis leguas hasta perderse en el Duero. Limpias, delgadas y sanas las aguas del Tormes, toda la ciudad bebe de ellas, teniendo á gala los vecinos acomodados conservarlas ocho ó diez años en tinajas perfectamente preparadas, con lo cual se convierten en un sabrosísimo licor. En el Tormes se pescan truchas, tencas, anguilas y barbos de exquisito gusto y de que forman aquí con picañtes aderezos un delicado y succulento manjar.

A la otra parte del río hay un arrabal, lugar destinado para la danza, en la que tomaron parte ocho manchegos ridicula pero vistosamente vestidos, que bailaron largo rato al compás del tamboril y la gaita, y al son de los palos que chocaban entre sí. Es divertido este baile sencillito, pero característico; mas no tan vistoso como el de las cintas. Consiste éste en fijar en el suelo un gran palo en cuya punta hay una especie de torre con campanillas, y al que se hallan fijas ocho lazos de colores. Cada uno de los danzantes toma en la mano la punta de una cinta, y al compás de la alegre música en su vueltas combinadas forman con las cintas un vistoso cordon que deshacen bailando en contraria forma.

Concluida esta danza se hizo el baile general, tomando parte en la alegre diversion veinte, treinta, cuarenta y aun cincuenta parejas de

charros, que ora bailaban la jota, ora la muñeira, ora otros tan nacionales como ellos. Gran parte de la gente de buen tono, y muchísimos de las demas clases, presenciaban aquel espectáculo, tanto mas bello cuanto que se verificaba en uno de los mejores sitios de Salamanca.

Desde la llanura en que está situado el arrabal presenta la ciudad una magnífica vista, en cuyo primer término se descubre el cristalino Tormes, murmurando débilmente, con su fértil vega á la derecha, su ameno valle regado por el Zurguén á la izquierda, y sus grandes álamos, y sus acequias, y algunas alegres casuchas. En segundo término se ven las mas altas casas de la ciudad los magníficos edificios que ha respetado la palanqueta, y las tristes pero subimes ruinas de otros que aguardan el soplo del vendabal para sucumbir del todo. Alla en lontananza alza la catedral su gigantesca cabeza, dominando orgullosa á los demas monumentos satisfechos con tener por reina y señora á la fortis Salmantina, cuyos fundadores, valiéndose de las palabras de un escritor antiguo, trajeron para ella la magestad de la catedral de Toledo, la grandeza de la de Sevilla, de la de Leon la hermosura y el primor de la de Burgos.

Oh! en medio de la general alegría, yo, pobre viajero, perdido entre la muchedumbre, habíame triste y cabizbajo, porque mil pensamientos amargos cruzaban por mi mente, afligiendo mi corazón. Comparaba la antigua Salamanca con la Salamanca de hoy; la antigua España con la España moderna, y al ver á esa multitud entregada al placer, olvidando su grandeza perdida, y sin escuchar el sordo rumor de la tormenta revolucionaria que amaga nuestras cabezas, creía que los murmullos del Tormes eran otras santas amenazas, y que los suspiros de la brisa que azotaba mi marchita frente eran misteriosos conjuros del Dios de las venganzas. Y al retirarme pensativo á la ciudad decía con Espronceda.

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla.
Mares de eterno lloro, castellanos,
No bastan á lavar nuestra manciella.
T.

EL DUQUE DE ORLEANS,

CAPITULO II.

REVOLUCION DE JULIO—LLEGADA A PARIS—
ENTRADA EN LA CAMARA DE PARES—HOLANDA
—LYON—ANVERES.—1830—1835.

(Continuacion.)

La suerte del duque de Chartres había vivamente preocupado los ánimos; el celo de algunas personas les había animado á ir al encuentro del príncipe; este las acompañó en medio de las aclamaciones que saludaban su entrada.

Seis dias despues, el duque de Orleans, Luis Felipe, estaba proclamado rey de los franceses; el derecho de sucesion estaba asegurado

á su prole, su hijo tomaba el título de Duque de Orleans y el de Principe Real.

Aquí empieza para este jóven príncipe una carrera nueva, árdua y formidable

Hasta entonces el duque de Orleans no había pensado quizá haciéndose digno del rango que ocupaba mas que á sustraerse á los aburrimientos y al cansancio moral que oprimen á los que llaman grandes de la tierra. Adornaba su mente, ilustraba su entendimiento y formaba su corazón para la satisfaccion de su propia conciencia, y para no ser inferior á los beneficios que había recibido de su origen; quería, para gozar con honor de los bienes que en él habían recaído, tomarse otra molestia que la de nacer; pero le estaba de pensar en las probabilidades temibles de reinar.

Una vez que hubo concentrado sus miras en ese porvenir, dió á todos sus pasos un fin grave y serio.

Entonces fué; que aprovechándose de los derechos de su origen y de la facultad que le concedía la carta de 1830, tomó sitio en la Cámara de Pares, y participó con mucha actividad de las tareas de esa asamblea política.

Hemos pensado que había en ese paso un quebranto á la ley constitucional que no permite aun á los príncipes de la sangre la entrada de la Cámara de Pares hasta la edad de veinte y cinco años; el príncipe no tenía mas que veinte. Hemos provocado diferentes veces sin éxito alguno la discusión sobre ese punto importante; pero la Cámara no quiso ver en el duque de Orleans mas que un par del régimen antiguo, libre de los impedimentos que se oponían á la presencia de los Príncipes de la sangre, y gozando del derecho de ocupar la plaza que le concedía la nueva constitucion.

El señor marqués de Semonville devolvió á la Cámara de Pares un adorno que había hecho el orgullo del senado y del imperio; se trataba de las banderas tomadas por nuestros ejércitos. En 1814 y 1815 todos esos restos gloriosos habían sido con premura echados en una boardilla: se acordaron de semejante ultraje y los restituyeron á su puesto triunfal. En esta ocasion el señor duque de Orleans, presente á la sesion, é interpelado por el señor Gran, referendario, pronunció palabras muy sensatas y llenas de nobleza, libres de toda jactancia, de toda fantoneria, y solo inspiradas por la firmeza y el valor.

Cuando el duque de Orleans llegó á conocer el plan adoptado por el gobierno de enviar tropas á Bélgica y hacia Holanda, pidió con instancia y obtuvo el mando de una brigada. El dia de su salida fué al cuartel de caballeria del quai d'Orsay, donde estaba alojado su regimiento; se despidió de sus soldados, que llamaba sus compañeros, y les dió cita en el campo de batalla.

Esta expedicion no fué mas que un paseo militar.

Cuando los obreros de Lyon hicieron reinar sobre esa desgraciada ciudad todos los males de la insurreccion y de la guerra civil, fué el duque de Orleans el que primero se dirigió al señor alcalde de Lyon para rogarle se uniese á él á fin de que el rey, su padre, le confiase la pacificación de esa ciudad, que el orden y el trabajo hacen tan opulenta y que la ociosidad y el desorden hacen tan miserable. (Continuará.)

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche.
Sétima representacion de

Pedro el negro ó los bandidos de la Lorena,

drama nuevo de grande espectáculo, en cinco actos, dividido el segundo en dos cuadros.

PERSONAJES.	ACTORES.
Mariana	Sras. Perez.
Ursula	Sampelayo.
Andres	Sres. Alverá.
Pascual	Caltán. (D. V.)
Franval	Lumbieras.
Graufe	Lopez.
	Azcona.

Oculi	Torroba.
Brin	Carceller.
Pablo	Azopardo.
Max	Garcia.
Ladron 1.º	Sputoni.
Id. 2.º	Reyes (D. M.)
Id. 3.º	Rada.
Rolando	Fernandez.
Ped. gordo, zurdo.	Caltán. (D. H.)
Mozo 1.º	Lamad. (D. A.)

PRINCIPE.
A las ocho y media de la noche.
1.º Sinfonia de la ópera Fra-Dia volo á completa orquesta.
2.º Se pondrá en escena el drama nuevo de grande espectáculo original.

en cuatro actos y en verso, debido á la pluma de unos de nuestros primeros literatos, titulado:

GUILIELMO TELL.

PERSONAJES.	ACTORES.
Berta	Sras. Diez.
Walter Tell	Lamadrid.
Guillermo Tell	Sres. Romea (D. J.)
Arnoldo Meetal	Romea (D. F.)
Gester	Sobrado.
Baron Atiengausem	Noren.
Walter Furtz	Perez.
Roberto	Diez.
Ulrico	Argente.
Werner	Plo.
Un capataz	Silhostri.
Arnoldo	Paris.
Roselmao	Ramirez.
Un obrero	Uzelay.

Frantz Ferna. (D. J.)
Otro obrero Sanchez.

Obreros, pueblo, conjurados, soldados, caballeros, el cuerpo de baile, acompaña miento y comparsas.

Atendida la estension del drama no puede ejecutarse ningun fin de fiesta.

CIRCO.
A las ocho y media de la noche.
IPERMESTRA,
ópera seria en dos actos del maestro Saldoni.

IMPRESA DE BOIX.